

Encuentro de bibliotecarios y docentes dentro de la 16ª Feria del Libro Infantil y Juvenil de Argentina

(Buenos Aires, 13-16 de julio de 2005)

Los días 13, 14, 15 y 16 de julio de 2005 se llevaron a cabo, dentro del marco de la Feria del Libro Infantil y Juvenil, las 16ª Jornadas destinadas a docentes, bibliotecarios, estudiantes y profesionales del área de la educación especial y de la salud.

El lema de este año fue *Los libros no muerden* –la palabra “no” estaba sutilmente tachada en los programas– lo que dio lugar a una doble interpretación. Por un lado, la frase cristalizada el lugar común tantas veces escuchado con el que se pretende lograr que los chicos lean, que se acerquen a los libros y les pierdan el miedo, ya que los libros no hacen daño, *no muerden*. Proponer, en cambio, *los libros muerden* supone un desafío –el de contradecir el cliché– para afirmar que la lectura deja una huella en quien se atreve a descifrarla: los libros muerden porque atrapan, no te sueltan hasta que no los terminas.

Cada uno de los cuatro días proponía un acercamiento a especialistas, editores, escritores e ilustradores a través de talleres y foros de discusión. Cada módulo tenía un nombre que lo identificaba (según el nivel de enseñanza al que estuviera dedicado) y lo ligaba al lema de las jornadas. Así, *Las primeras mordidas* estuvo destinado al nivel inicial; *Historias que muerden*, a la escuela primaria; *Dejarse morder sin límites*, al colegio secundario; y *Mordidas en lectores especiales*, a la educación en centros especiales y comunitarios.

Fueron muchos los temas que se debatieron a lo largo de estas jornadas: qué criterios de selección se tienen en cuenta en el momento de editar un libro para chicos (tanto para niños pequeños como para adolescentes); cómo se edita lo “difícil”: teatro, canciones, poesías; cuál es/debería ser el rol de la escuela y de los docentes como mediadores de la lectura; en qué consiste el trabajo de los ilustradores.

El lugar de la escuela y el rol de los docentes fueron temas sobre los cuales se volvió una y otra vez. Quizás, porque la mayoría de los asistentes eran docentes en ejercicio. Se pensó en relación a la edición de un libro (¿qué pasa cuando un libro –ya sea por el tipo de temática que propone o por su vocabulario– no puede ingresar dentro del circuito de la escuela?, ¿se edita igual?); se pensó también teniendo en cuenta la situación social de Argentina (¿qué pasa cuan-

do la mayoría de los niños tienen su única posibilidad de acercarse a los libros dentro del ámbito de la escuela?, ¿qué elegir en esos casos: literatura de autores clásicos o literatura contemporánea, tal vez más cercana a sus vivencias?); y se reflexionó, también, respecto a las relaciones de poder que se establecen dentro de una institución (¿quién verdaderamente decide qué libros se leerán en el aula: los docentes a cargo del curso o los directivos que “censuran”?).

La literatura juvenil planteó otros interrogantes, al reflexionar sobre un lector que ha dejado de ser un niño y busca nuevas propuestas, nuevos acercamientos a la lectura. Se reflexionó sobre la importancia de editar libros que propongan diversas alternativas de comunicación (canciones, graffitis, obras de teatro). Incluso se habló de libros que podían llegar a presentar dificultades de comprensión en los lectores, ya que no narraban una historia de manera “tradicional”, sino que utilizaban diversos puntos de vista o saltos temporales. Este tipo de literatura “no convencional” (por su temática o su manera de presentar el contenido) reabrió el debate sobre qué se debe o no incluir en los programas escolares y, nuevamente, quién es el que toma esas decisiones.

En los pasillos, durante los intervalos, docentes y especialistas conversaron animadamente en torno a un café o a un mate compartido. Porque lo valioso de estas jornadas no fue encontrar una respuesta única a los interrogantes que se plantearon (respuesta que, por otro lado, hubiera sido imposible hallar) sino posibilitar el diálogo, el debate, el intercambio de experiencias.

Todos aquellos que concurrimos a estas jornadas estamos absolutamente convencidos de que no somos los mismos después de terminar de leer un libro, gracias a esa marca que la lectura deja en nosotros y que continuamente nos impulsa a recorrer nuevos caminos, a iniciar nuevas búsquedas. Ojalá, entonces, que los libros empiecen a morder cada vez más fuerte, con avidez, y que esa mordida se vuelva muy contagiosa. 

Fabiana Margolis. Crítica e investigadora de Teatro Infantil y autora de *Sueños con gusto a frutilla*

La ilustración en el centro de la conversación

Seminario Internacional sobre Ilustración
(Oaxaca, México, 24-27 de agosto de 2005)

Disfrutamos cuatro días de imágenes que nos llegaron acompañadas de las palabras de sus creadores en el Seminario Internacional sobre Ilustración (1): *Leer y narrar imágenes* que se celebró del 24 al 27 de agosto del presente año en el Centro de las Artes de San Agustín.

Una maravillosa fábrica textil restaurada en San Agustín ETLA, en los Valles Centrales de Oaxaca, estado situado al sur de México, fue la sede para la realización de un singular encuentro en el que personas que ilustran tomaron la palabra, presentaron su obra y tuvieron también la oportunidad de escucharse. Se cumplió así el propósito del seminario: conversar en torno de “dos grandes ejes temáticos: 1) la imagen como un elemento para acercar al joven a los libros y 2) las posibilidades que los mismos narradores tienen de ser interpretados en imágenes” (2).

En un cuadro aparte presentamos los títulos de las intervenciones que tuvieron cada una de las diez personas participantes. Nuestra lectura de la experiencia la relatamos enseguida a partir de algunos de los temas tratados y que nos resultaron novedosos o francamente deliciosos.

Lo que intentan comunicar con sus dibujos

Anthony Browne compartió su proyecto de creación e inventiva a partir del dibujo de un trazo que se transforma en algo. “Se trata de decir una historia simple desde distintos puntos de vista”, afirmaba el creador del tímido chimpancé llamado Willy. Miradas que se notan claramente cuando vemos un mismo escenario de ida y de vuelta pero con pequeñas transformaciones luminosas que le hacen parecer distinto.

Hay elementos en el mundo de la ilustración con los cuales los niños se identifican. Willy, de Antho-

ny Browne, es un chimpancé sin edad y siempre más débil que los demás. Este animal simboliza los sentimientos escondidos que todos poseemos, y la condición animal que tenemos, asimismo nos provoca una sensación ambivalente: remite a un tiempo prehistórico pero su atavismo lo ubica en la actualidad.

Para Peláez copiar es diferente de ilustrar porque no es una representación de la realidad, una ilustración es una mirada de la realidad que se nutre de lo visto, lo leído y lo imaginado.

Mauricio Gómez Morín nos deleitó con una trayectoria visual de su producción, cronológicamente mostró su trabajo de creación original para cada obra, su interpretación de los capítulos reflejada en un grabado, su vivencia del texto expresado en metáforas visuales. También habló sobre las decisiones que toma como ilustrador de las obras de otras personas y la técnica que empleará para hacer el dibujo: ¿viñetas? ¿grabado en madera? ¿acuarelas?

Compartir propuestas de creación

Una propuesta de creación que Anthony Browne compartió con el público fue la de ilustrar a sus personajes a partir de un vestuario real, por ejemplo metió a “mi papá” de su libro en la bata de “su” papá real. También recapituló algunos de los recursos que ayudan a no aburrir al lector: los finales abiertos, la sorpresa, la utilización de elementos prestados del cine (como *El guardián del olvido*), del cómic, etcétera.

¿Qué es representar un mundo? Se preguntaba Javier Sáez, artista del maravilloso *Animalario*. “Es estar escondido esperando y atrapando... como atrapando sueños para recapturar la representación de un mundo. Presentó la creación de su obra desde la observación de lo cotidiano, el uso de un marco o